

A close-up, high-resolution portrait of Boris Becker's face, focusing on his right eye and the texture of his skin. He has a light blue eye and a thin, light brown mustache. The background is dark and out of focus.

GANAR

PERDER

EMPEZAR DE NUEVO

# BORIS BECKER INSIDE

A2923E

LIBROS CÚPULA

# INSIDE

GANAR  
PERDER  
VOLVER A EMPEZAR

BORIS BECKER CON TOM FORDYCE

TRADUCCIÓN DE VICTORIA SIMÓ

**LIBROS CÚPULA**

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Del texto: Boris Becker, 2025. Boris Becker reivindica el derecho moral a ser identificado como el autor de esta obra.

Publicado por primera vez con el título Inside en HarperCollinsPublishers, Londres, 2025.

© De la traducción: Victoria Simó.

Primera edición: octubre de 2025

© Diseño de cubierta: HarperCollinsPublishers Ltd 2025

Adaptación de cubierta: Planeta Arte & Diseño

© Imagen de cubierta: Pål Hansen

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-480-4519-7

D. L.: B. 12.512-2025

Impresor: Egedsa



# ÍNDICE

|                       |     |
|-----------------------|-----|
| Índice .....          | 9   |
| Capítulo 1 .....      | 11  |
| Capítulo 2 .....      | 25  |
| Capítulo 3 .....      | 45  |
| Capítulo 4 .....      | 67  |
| Capítulo 5 .....      | 93  |
| Capítulo 6 .....      | 119 |
| Capítulo 7 .....      | 143 |
| Capítulo 8 .....      | 173 |
| Capítulo 9 .....      | 197 |
| Capítulo 10 .....     | 217 |
| Capítulo 11 .....     | 243 |
| Capítulo 12 .....     | 269 |
| Capítulo 13 .....     | 281 |
| Epílogo.....          | 297 |
| Agradecimientos ..... | 301 |

# CAPÍTULO 1

Son los gritos lo que más te horroriza la primera noche que pasas en la cárcel.

Los aullidos de alguien que está sufriendo. Los gritos de alguien que necesita ayuda. Los chillidos de alguien al borde de la muerte.

No sabes de dónde vienen. Suenan ahí fuera, en alguna parte. En los huecos que hay entre los brillantes fluorescentes de los pasillos y la oscuridad de las celdas. Más allá de las puertas metálicas y de las redes antisuicidios. Reverberan contra las paredes de ladrillo, contra los abovedados techos victorianos, contra los barrotes metálicos. Atraviesan la frialdad de la noche. Vienen a por ti.

El sonido siempre fue central en mi vida. Los silencios tan profundos que se oiría el vuelo de una mosca y las explosiones de aplausos. El golpe elástico de una volea y el chasquido cuando la pelota entra tocando la red. Zapatillas blancas que resbalan en la hierba. Las cámaras, el parpadeo de los obturadores y el ajuste de los objetivos.

Estás en la línea de base de la Pista Central y tú diriges la orquesta. Lo controlas todo.

Le haces una señal al recogepelotas. Atrapas con la mano izquierda la bola que te lanza. Gritos de ánimo y esperanza pro-

cedentes de las gradas. Tu nombre resuena por doquier. Siempre tu nombre.

Te enjugas la cara con la mano. Frunces los labios y te soplas aire fresco en las sudorosas yemas de los dedos.

Ahora reina el silencio. Hay dieciséis mil personas aquí, esta tarde de domingo estival en Londres suroeste, y todas te observan. Están tan cerca que pueden ver las oscuras marcas de sudor en tu camiseta blanca y las pálidas manchas de hierba en tus caderas. Tan cerca que podrían saltar los muretes, invadir la pista y rodearte.

Pero se limitan a contener el aliento mientras lanzas la bola al aire, doblas las rodillas, echas la espalda atrás y te abalanzas hacia delante. Contienen el aliento cuando la pelota blanca Slazenger dobla el tenso cordaje de la raqueta. Contienen el aliento mientras la pelota surca el cálido aire de verano.

Solo cuando aterriza al otro lado de la red vuelves a oírlos. Cuando rebota en el borde de la raqueta de tu oponente y vuela más allá de las líneas laterales. Cuando haces un gesto triunfal, bailoteas un poquito y levantas la cabeza hacia el cielo azul.

Entonces se desata el caos. El ruido es tan atronador que lo notas en el pecho y en la cabeza. Duele. Casi asusta. Pero no lo hace, porque lo sabes.

Todo esto es por mí. Lo he generado yo. Lo controlo.

En Wimbledon, el alboroto nunca dura demasiado. Escapa por las viejas vigas de madera y el techo pintado de verde oscuro. Poco a poco, las ovaciones exaltadas se transforman en estrepitosas oleadas de aplausos que se derraman por los pasillos y las gradas.

Ya estás familiarizado con todo eso cuando regresas otros veranos. Empiezas a sentirte como en casa en los pasillos y en las pistas de entrenamiento, según te vas habituando al ritmo de las dos semanas, a la rutina de levantarte tarde y caminar por Church Road entre miradas y sonrisas, y los policías que te saludan al pasar. A los vestuarios y a las instalaciones del club, al cuadro de honor de los campeones a los que antes veías jugar y a los que ahora has vencido. Los versos del poema «Si...», de Kipling, que se leen en la pared de la entrada por la que acceden

los jugadores a la Pista Central: «Si te encuentras con el Triunfo y la Derrota y tratas a estos dos impostores por igual...». Son un desafío, un grito de guerra.

Es tu banda sonora y tu mundo. Como jugador, conoces bien la diferencia entre las exclamaciones que provoca un fiero contra-golpe en un largo intercambio y las que estallan cuando resbalas y te levantas de prisa y corriendo, los gritos ahogados cuando te abalanzas para alcanzar una media volea de revés y la incredulidad cuando la devuelves al otro lado de la red en un ángulo imposible y el efecto la lleva a morir donde ha caído.

Nunca pensé que una cárcel llegaría a ser mi mundo, pero aquí estoy, en HMP Wandsworth. HMP, el extraño y cruel acrónimo de *Her Majesty Prison*, Cárcel de Su Majestad. Este lugar alberga mi futuro inmediato y yo ya no controlo nada.

No puedo marcharme. No puedo dejar de oír el ruido. Y nada de esto tiene sentido, porque me siento perdido y las reglas que antes gobernaban mi vida ya no cuentan, no aquí dentro.

La cárcel de Wandsworth está a poco más de tres kilómetros de la Pista Central de Wimbledon, dependiendo de la ruta que tomes. SW19, SW18: un número de diferencia en el código postal, pero una distancia imposible entre un lugar y el otro.

Quizá aún peor que los propios gritos que resuenan en esta fría celda con su moho, su retrete sucio y el ventanillo roto en la puerta sea no saber qué los provoca. ¿Sufren pesadillas estos hombres mientras duermen o están despiertos y rabiosos? ¿Son sus heridas reales o imaginarias, ataques de algún enemigo o autoagresiones?

Incontrolados, inaccesibles. Los gritos poseen múltiples capas. Algunos son llantos desconsolados, otros ascienden y descienden con picos y valles. Algunos son sollozantes y autocompasivos, otros salvajes y ofensivos. A veces todo se acalla. Disfrutas de un minuto de silencio y te preguntas por qué antes de que todo vuelva a empezar. En ocasiones son diez minutos y vuelves a tu camastro y a tu fina manta e intentas acoplar el cuerpo a los extraños contornos y confines de un colchón moldeado por un centenar de desconocidos.

Pero el escándalo se reanuda siempre y en todas las ocasiones provoca otros ruidos. Gritos procedentes de las otras celdas.

—¡Cállate la puta boca!

Golpes en las puertas. Ritmos de hiphop que suenan a lo le-jos. Gemidos, amenazas y promesas de venganza.

Cuanto más les chillan, más gritan en respuesta. Estalla un intercambio sin fin entre contrincantes que no se ven, pero que igualmente desean destruirse.

Así que entro en pánico. Ahora soy yo el que grita.

—¿Hay alguien ahí? ¿No lo oís o qué? ¡Que alguien les ayude!

Pulsas el botón de alarma que hay en la pared. Los Escuchas se toman su tiempo, pero al final se acercan a tu puerta. Retiran el panel de metal que cubre la rejilla de seguridad y te miran. Dejad que os hable de los Escuchas. A veces son tu salvación, sobre todo cuando acabas de llegar y necesitas entender cómo funciona este nuevo mundo, este universo en miniatura. Pero ahora no te salvan. No pueden. Este soy yo. Esta es mi realidad. Esto es lo que hay. Este es mi bautismo y mi educación acelerada.

Les gritas. Ahora eres tú el que está chillando. Solo estás a unas pocas respiraciones de todo eso.

—Alguien se está matando. ¡Alguien se muere!

Y te miran sin inmutarse, porque ya han presenciado lo mismo mil veces, y no se mueven, porque oyen lo mismo cada noche. Y te lo dicen.

—Acostúmbrate. No va a parar.

—Pero ¿qué pasa? ¿No puede alguien echar un vistazo?

—Hay tíos aquí que están mal de la cabeza y otros lo hacen para llamar la atención. No te preocupes, colega. Y no te hagas ilusiones si para. Volverá a empezar.

Les preguntas cómo vas a dormir con ese escándalo. Todavía piensas que alguien le va a poner remedio.

Entonces te lo dicen. La primera noche no vas a pegar ojo. Ni al día siguiente. Quizá duermas un rato dentro de tres días. Y dentro de cuatro... estarás tan cansado que tal vez duermas hasta la media noche. Para la quinta noche ya no los oirás.

Así que te quedas allí sentado, en tu camastro, dándole vueltas

a la cabeza. Si lo cuento, nadie se lo va a creer. Esto es una tortura. Es imposible que sobreviva.

Estoy en una jaula con un montón de psicópatas. Estoy solo y estoy perdido. Soy un número que nadie conoce.

Esta historia empezó hace mucho tiempo. Empezó el 7 de julio de 1985, en aquella pista de hierba de Londres suroeste, con aquel servicio abierto al revés de Kevin Curren. Con todo lo que significó y todo lo que traje consigo.

¿Por qué estaba yo en el banquillo de los acusados del Tribunal de la Corona de Southwark el 29 de abril de 2022? Por los errores que cometí, por mi falta de criterio y porque entendía algunas cosas, pero otras no las entendí hasta que fue demasiado tarde. Pero nada de todo eso habría pasado si no hubiera ganado Wimbledon con solo diecisiete años. En ese momento todo cambió. Ese instante selló mi destino.

Lo intuí en aquel momento, en las horas que transcurrieron tras aquel servicio y la celebración. Lo supe por cómo me miraban personas que yo conocía bien, mi madre y mi padre, mi entrenador, mi mánager, como si me vieran por primera vez.

Y ahora estaba volviendo a pasar. El 29 de abril, por la mañana temprano, el día que iban a dictar mi sentencia. En el pequeño dormitorio de un minúsculo piso alquilado en Londres central, haciendo la maleta para enfrentarme a algo que tal vez fuera una oportunidad de volver a empezar, pero que también podía implicar siete años entre rejas. Mientras abría la puerta del armario para buscar un atuendo apropiado para la ocasión.

Traje gris, camisa blanca, zapatillas deportivas negras. Sencillo. Los abogados te aconsejan que no te vistas de punta en blanco para asistir al juicio. Nada ostentoso. Quizá incluso una pizca desaliñado.

Me habían imputado 29 cargos en virtud de la Ley de Insolvencia. Se desestimaron cinco antes del juicio. Posteriormente fui absuelto de veinte de los cargos, pero el 8 de abril me condenaron por cuatro. Esa mañana, la más extraña de mi vida, quería reconectar con una versión de mí mismo con la que me

sintiera a gusto. Así que eché mano de mi corbata de Wimbledon y me la anudé.

Si en 1985 no le hubiera hecho dos breaks a Joakim Nyström cuando sacaba para cerrar el partido en el quinto set de nuestra tercera ronda, no creo que hubiera acabado en el tribunal de Southwark. ¿Y si Tim Mayotte hubiera estado en la red y no en la línea de base cuando me lesioné el tobillo en nuestro partido de cuarta ronda? Más de lo mismo. Le habría estrechado la mano y habría abandonado el partido. Yo no sabía que el entrenador me iba a vendar el tobillo lesionado. No sabía que el entrenador tardaría mucho en llegar a la Pista 14, tanto que el dolor remitió y pude continuar. ¿Y si no hubiera ganado el título individual masculino hasta los veintidós años? Nada de esto habría pasado.

De ahí la corbata de Wimbledon. Era mi manera de recordarle al tribunal y al mundo que me estaba mirando quién era yo. A los cientos de periodistas y cámaras que atestaban los alrededores. Aquí está vuestro niño prodigio. Aquí está el antiguo campeón. Yo sabía la clase de niño que fui. Pero ¿quién era ahora y qué fue del hombre en el intervalo?

La espera es larga entre el veredicto y la sentencia. En mi caso fueron casi tres semanas, una vida en el limbo, un bucle interminable de preguntas, reproches y conjeturas.

Mis abogados me habían explicado las distintas posibilidades. En un extremo de la balanza se encontraba la libertad condicional. Estaría sin blanca y acabado, pero libre. Podría discurrir una manera mejor de seguir adelante. Si el juez se inclinaba por la otra posibilidad, podían caerme siete de años de cárcel. Entonces estaría sin blanca, acabado y moralmente destrozado.

Juegas el partido mentalmente, cada mañana y cada noche, igual que hacías cuando eras tenista. Salgo en libertad: ¿cómo voy a crear una vida mejor a partir de ahora? ¿Cómo sigo avanzando y con quién, y adónde voy? Me cae un año: ¿a dónde me enviarán y qué haré allí? Me caen tres: ¿quién soy ahora? Me caen los siete: intento no pensar en esa posibilidad. Obsesionarse con la derrota solo sirve para que sea más probable.

Cuando volvemos al tribunal, mi abogado expone los hechos

tal como son. Jonathan Laidlaw QC es un letrado que opera dentro del sistema, familiarizado con su jerga y sus triquiñuelas. Prepara el escenario para lo que está por venir.

—Mi defendido no tiene literalmente nada y tampoco queda nada de la que fuera la más brillante de las carreras deportivas. Su situación es más que una caída en desgracia; equivale a la peor humillación pública para mi defendido. El grado de sufrimiento que ha experimentado, y que va a soportar, supone un castigo de un nivel que seguramente ninguna otra persona en quiebra de este municipio sufrirá jamás.

»En lo relativo al futuro de mi defendido, no lo tiene. Este proceso ha destruido su carrera y le ha privado completamente de cualquier posibilidad de ganarse la vida. Su reputación, un aspecto esencial de la marca para la que trabajaba, está destrozada. No encontrará trabajo y tendrá que depender de la caridad ajena para sobrevivir.

Me dijeron que llevara una maleta al tribunal el día de la sentencia, porque quizá no volviera a casa. Es la primera de las muchas tareas que voy a afrontar en las que lo práctico se mezcla con lo surreal. Nadie te entrega una lista oficial de lo que se te permite llevar a la cárcel, por si te encierran, así que tomas decisiones basadas en las películas de prisiones que has estado viendo últimamente. Vi lo que pasaba en las duchas. Vi el acoso. Vi las peleas en las que alguien acaba herido y nadie viene a ayudarlo. No importaba que casi todas las películas fueran estadounidenses. Ves esas cosas y ya no las olvidas.

Siempre se me ha dado bien hacer el equipaje. Lo hacía yo mismo incluso cuando me dedicaba al tenis. Por la tranquilidad de saber que tendría todo lo que iba a necesitar para las batallas que tenía por delante y también por comodidad. Pero organizar esta bolsa de viaje —una Puma, de mis antiguos patrocinadores, aunque no una gratuita en esta ocasión, sino una bolsa barata que había pillado en Sports Direct unos días atrás— me costó mucho más que cualquier equipaje que hubiera hecho nunca.

Te haces preguntas, pero desconoces las respuestas. ¿Cuántas cosas necesitaré? ¿Cuántas cosas me dejarán entrar? ¿Con qué fre-

cuencia podré lavar la ropa? Vamos a ver... Coge calcetines gruesos (puede que te duren más) y calzoncillos tipo bóxer. Tengo los pies delicados por todo el desgaste de una carrera deportiva exigente y por las múltiples operaciones derivadas de esta, así que necesito unas zapatillas deportivas adecuadas para evitar el dolor. ¿Me dejarán tener pares de repuesto? ¿Tendré que llevar las mismas dentro y fuera? Pantalones cortos. Vale, me gustan los pantalones cortos, pero estamos en Inglaterra. Hace frío hasta en verano, y no voy a estar al sol precisamente. Así que nada de pantalones cortos, pero sí chándales. Tres negros, uno azul marino con rayas blancas. Puede que tenga que usar estas prendas mucho tiempo. Mejor que no se rompan con facilidad ni se desgasten. La autobiografía de Barack Obama, otro libro sobre Karl Lagerfeld. Los dos gruesos, muchas horas de lectura. Pasta de dientes, ¿cuántos tubos debería llevarme? Eh, la bolsa es pequeña, pero no quiero llenarla a reventar, porque esto es absurdo. O sea, no me voy de vacaciones.

Terminas de empacar y te despiden. No sabes cuánto tiempo vas a pasar encerrado ni adónde te van a enviar o si podrías volver esta misma noche. No sabes qué palabras son apropiadas en esta situación, eres un excampeón de tenis que se crio en un mundo distinto, así que todavía estás averiguando en qué medida puedes expresar tus emociones más profundas o si deberías representar un papel, adoptar un talante tranquilo y fingir que controlas la situación, aunque por dentro estés muerto de miedo.

El primer adiós es para Lilian, mi pareja. Voy a hablar mucho de Lilian, porque esta es su historia tanto como la mía: su supervivencia y su fuerza, su paciencia y su resistencia. Además, el 29 de abril es su cumpleaños. (Otra vez la mezcla de lo práctico y lo surreal.) Luego me despido de mi hijo mayor, Noah. Mi nueva familia y la antigua. Las raíces y las ramas de mi árbol familiar.

Y entonces estoy en el banquillo, detrás de un cristal, con mi corbata de Wimbledon. La bolsa Puma a mis pies, mi familia allí cerca, en la zona destinada al público. Ante mí se yergue el poder personificado: su señoría la jueza Deborah Taylor.

Quieres escuchar hasta la última de sus palabras, pero no pue-

des. El cristal es grueso. Los altavoces que transmiten sus palabras al banquillo son pequeños y de mala calidad, así que te inclinas hacia delante.

—Boris Becker, este tribunal le declaró culpable tras un juicio por cuatro delitos tipificados por la Ley de Insolvencia de 1986. Todos estos delitos se derivan de sus acciones tras la Declaración de Quiebra dictada del 21 de junio de 2018, a raíz de una solicitud de insolvencia presentada ante el Tribunal Superior por Arbutnot Latham & Co, un banco privado. Se le absolvió de otros 20 delitos, incluidos todos los cargos relacionados con su conducta previa a la Declaración de Quiebra.

El sistema de sonido crepita de vez en cuando. Preguntas si podría levantar un poco la voz o si podrían subir el volumen del micro, y entonces es la jerga legal la que te lía y te deja siempre una frase por detrás.

—En relación con el cargo número 10, independientemente de la ausencia de revelación en el cuestionario de información preliminar, se le informó en la reunión del 13 de septiembre de 2017 de que, si tenía una propiedad en Francia, pongamos por caso, por la que el administrador no le hubiera preguntado, era su obligación declarar o bien la propiedad directa o bien la propiedad en depósito. El hecho de que usted albergara dudas sobre los intereses de su madre en relación con la propiedad Im Schilling no le impedía plantearse las al administrador.

Tu cerebro empieza a pensar cosas raras. Tratas de interpretar lo que está diciendo, porque has trabajado en televisión y sabes cómo transmitir ideas claras y concisas. Tu veredicto va cambiando: esa frase sonaba más positiva, esa otra menos. También analizas: ¿por qué dice eso? ¿Es correcto? ¿Es justo?

Las emociones se acumulan con cada frase y con cada cláusula que se apretuja en otra más larga. Ya no podía seguir fingiendo que lo estaba afrontando bien. Tan pronto empezaba a creer que suspenderían el ingreso en prisión como notaba el ahogo del pánico en la boca del estómago: me van a caer siete años, me van a caer diez...

Intenté mirarla. Sostenerle la mirada para permanecer entero.

Los ojos clavados en ella y los dedos en torno al rosario que llevaba en el bolsillo de la americana. Hacía muchos años que tenía ese rosario, desde que era un chaval que corría de la línea de base a la red hasta que me convertí en un hombre en busca de un nuevo camino. Deslicé los dedos por las cuentas, del uno al diez.

El cerebro intenta no perderse ni una palabra, captar las diferencias entre términos que son críticos. Simultánea, consecutiva. Consecutiva, simultánea.

Hablaba conmigo mismo. Vale, Boris, una vez que conozcas la magnitud de la tragedia, ya pensarás una estrategia. Pero no conozco la magnitud de la tragedia. Vale, Boris, escucha, sigue escuchando.

Y rezaba. Un Ave María por cada cuenta, un Padre Nuestro, *Vater Unser*, por cada cuenta más grande, entre las series de diez.

Pierdes la noción del tiempo que lleva hablando la jueza. Damas y caballeros, el tiempo se ha detenido. ¿Llevamos aquí diez minutos o treinta? Alusiones a la jurisprudencia, aunque en realidad no hay precedentes legales de lo que me ha traído aquí, y me parece surreal imaginar siquiera que esto haya sucedido antes, si a mí todo se me antoja tan raro y perturbador.

—A falta de directrices específicas, partimos de los Principios Rectores de la Guía General del Consejo de la Judicatura. A este respecto, tengo en cuenta las sentencias reglamentarias máximas previstas por la ley de la Corte de Apelación de la División Criminal para el delito en cuestión, así como las directrices fijadas para sentencias por delitos análogos. En este caso, podríamos basarnos en la Directriz para delitos de soborno, fraude y blanqueo de capitales, aunque con ciertas reservas, ya que los delitos difieren en aspectos importantes...

Pierdo la esperanza, la recupero.

—En cuanto a los factores agravantes, no considero que hubiera premeditación relevante. Comprendo que usted se encontraba ofuscado: al enterarse de la orden de quiebra, hizo lo que pudo para pagar a sus allegados, algo que no fue una decisión maquinada ni planificada. Las consecuencias para terceras personas se han tenido en cuenta en la calificación del delito.

Sostengo el rosario, desplazo los dedos por las cuentas.

—También se ha tenido en cuenta la condena anterior por evasión fiscal, que considero un delito similar. Aunque haya transcurrido algún tiempo, es relevante en este caso, puesto que no acató la advertencia que se le hizo ni la pena suspendida que se le impuso. Se trata de un agravante significativo.

Te estás ahogando en mares tormentosos y esta severa mujer de setenta y pico años, que no demuestra la menor emoción, constituye tanto tu esperanza de salvación como la corriente gélida que te arrastra al fondo.

—Como circunstancia atenuante, voy a tener en cuenta lo que se ha descrito como una caída en desgracia. Ha perdido usted su carrera, su reputación y todos sus bienes a consecuencia de la quiebra. He tenido en cuenta las cartas de su familia y las referencias de las obras benéficas en las que ha colaborado. Sin embargo, no ha mostrado ningún remordimiento ni ha aceptado su culpabilidad, y ha tratado de distanciarse de los hechos delictivos relativos a su quiebra. Si bien acepto la humillación como parte del proceso, no ha mostrado la menor humildad.

No entiendo esta mezcla de cuestiones morales y jurídicas, el extraño reproche sobre el código de remordimientos al que supuestamente debo atenerme. ¿Cómo voy a expresar remordimientos si no era consciente de que estaba haciendo algo mal? Pagué la pensión alimenticia a mi exmujer, a mis hijos, la operación de rodilla y el alquiler. No intenté ocultarlo, en buena parte porque creía estar haciendo lo que debía. No entiendo que ahora me digan que debía dejar de pagar la manutención de mis propios hijos.

Pero me arrepiento, claro que sí. De muchas cosas. Me arrepiento de cosas que hice, de no haber elegido otros caminos. Todavía no sé cuánto voy a aprender sobre mí mismo a lo largo de este próximo año, hasta qué punto voy a estar al borde de tirar la toalla, cuánto voy a cambiar. Por ahora sigo perdido en la letra pequeña. Me parece que el problema es que no he sabido mostrar cómo me siento por dentro, aquí sentado en el banquillo. Mi

equipo legal me dijo que no diera demasiadas explicaciones. Responde sí o no. Y ese tipo de respuesta binaria no te deja expresar nada salvo el blanco y negro.

De repente la jueza se centra en las cifras. Ahora escucho con más atención que nunca en mi vida. Se hace un silencio comparable al de un saque en la Pista Central, pero ahora es la jueza la que controla el juego. La que lleva ventaja.

—En cuanto al cargo 4, la sentencia será de dos años y seis meses.

Dos años, seis meses. Treinta meses en total. Vale, no son siete años. Pero voy a ir a la cárcel. Voy a pasar en la cárcel mucho tiempo.

—En cuanto a los cargos 10, 13 y 14, impongo penas simultáneas de dieciocho meses.

Simultáneas, consecutivas. Simultáneas, consecutivas.

¿Eso significa treinta meses más dieciocho, más otros dieciocho, más dieciocho? En ese caso hablamos de siete años. ¿O significa que los treinta meses incluyen de algún modo esos tres periodos de dieciocho meses? Puede que algunos sí y otros no...

Ahora sí que se ha detenido el tiempo. Es el punto de partido y la pelota surca el aire de Londres sur, a punto de llegar al suelo.

Miro a Lilian, que está allí sentada, a mi derecha. Miro a Noah, que tiene veintiocho años. Es mi hijo, pero también un hombre adulto. Advierto que Lilian está llorando. Veo tristeza en el rostro de mi hijo.

Intento por última vez contener mis emociones. Aún no sabemos qué implica esto. Devuelvo la mirada a la jueza. Espero el rebote de la pelota.

—En consecuencia, la sentencia total suma dos años y seis meses.

Y así fue la despedida cuando llegó el momento. No hubo un último abrazo ni contacto físico. No hubo un beso de adiós. Lilian y Noah recorrieron el pasillo hacia el banquillo. Yo apoyé la mano en el cristal.

Lilian me imitó y apoyó la mano contra la mía. Noah hizo lo propio. Esa fue la parte más difícil.

Tras eso me di media vuelta y di el paso que me llevaba de este mundo al otro.

### **A la jueza, Tribunal de la Corona de Southwark**

*Me llamo Noah Becker.*

*He pasado esta última semana asistiendo al juicio de mi padre, pues me parecía importante apoyarle en la medida de mis posibilidades, que es lo mismo que él ha hecho siempre por mí. Estos últimos cinco años no han sido fáciles para mi familia y para mí. Sobre todo, porque le retratan como una persona que no es.*

*Aunque estoy muy orgulloso de mi padre y de sus logros, llevo mucho tiempo cargando con el peso del retrato que la gente ha pintado de mi padre y de las difamaciones que se han vertido sobre su nombre, y eso ha afectado a mi salud mental. Para ser sincero, dedico casi todas mis sesiones de terapia a este tema, con la intención de recuperar un estado mental saludable.*

*Soy el mayor de cuatro hermanos: si mi padre fuera a la cárcel, recaería sobre mis hombros una responsabilidad enorme que no me siento capaz de asumir si él no está presente. Aunque mis hermanos viven en otros países, mi padre siempre se ha ocupado de su familia y ha sido su amor el que nos ha mantenido unidos y en pie.*

*Todos le apoyamos y creo que, si le metieran en la cárcel, nos encarcelarían a todos, como familia y como colectivo.*

*Deseo de corazón que a mi padre se le conceda la libertad, para que mi familia pueda ser libre.*

Sinceramente,  
NOAH